



Lo aterrador en este caso no eran las máquinas, sino los hombres que ya no estaban de nuestro lado, tan convencidos se hallaban de que era solo cuestión de tiempo el que las máquinas llegasen a superar a los hombres. Y realmente es una cuestión de tiempo. Porque si en realidad estamos plenamente contenidos en el tiempo que pasa, incapaces de escapar a él con ninguna parte de nuestro ser, entonces las máquinas, que trabajan más de prisa, y que son más dignas de confianza y duran mucho más, pueden ciertamente superar a los hombres. Pero eso será solamente cuando hayamos olvidado por completo lo que son realmente los hombres, cuando nos hayamos desheredado a nosotros mismos tal vez para siempre.

Si no vivimos ahora, ¿cuándo empezamos? La respuesta parece ser a menudo: «Cuando hayamos conquistado todo.» Esto se identifica mucho con el estilo de la Fortaleza. La conquista lo es todo. Habiendo conquistado la tierra y el mar, ahora estamos conquistando el espacio, cada vez más y más espacio. Tan pronto como hayamos conquistado la luna, tendremos que hacer planes para conquistar los planetas. No estoy negando que en todo esto hay una espléndida mezcla de espíritu emprendedor, ingenio y aventura. Pero vale la pena observar el repetido uso de los términos *conquistar* y *conquista*. Ello nos ofrece un cuadro de la moderna humanidad como si

Hoy—acaso para compensar la insatisfactoria creencia de que el tiempo que pasa es todo cuanto tenemos—los espectáculos de masas parecen poner en el sexo un énfasis exagerado. Por ejemplo, a la izquierda, un anuncio de

la película francesa *La Bonne Soupe*. A la derecha, los anuncios sugieren las atracciones de la «ciudad perversa» de París, considerada desde hace mucho tiempo por los puritanos como centro de inmoralidad.

fuese un varón desasosegado, implacable e inmaturo. Está desasosegado y es implacable, porque las relaciones entre el conquistador y lo conquistado raras veces son satisfactorias. El conquistador ha de seguir adelante, porque pronto encuentra huera y decepcionantes sus victorias. La naturaleza, femenina por encima de todo, parece hallar un placer socarrón en sobrepujar en astucia a sus conquistadores. Es a su enamorado y luego al esposo, no al imperioso conquistador, a quien cede sus tesoros. Demasiadas conquistas nuestras empiezan a dejar en pos de sí hoscos páramos de territorios semiocupados.

Esto no es un argumento contra el perfeccionamiento científico o las audaces innovaciones técnicas. Lo incorrecto es la actitud mental que no puede por menos que pensar, escribir y hablar en términos de conquista. Esto nos delata. Abrumados por la pesadilla de nuestra idea del Tiempo, la más estrecha y peor que haya tenido jamás el hombre, sintiéndonos secretamente humillados, tenemos que ser conquistadores, abriéndonos paso con aire de valentones hacia un glorioso futuro que se aleja continuamente. Los mismos periódicos que celebran la última conquista con sus titulares más grandes, no dejan de preguntarnos qué pasa hoy en día con la Mujer, cuando esta tiene ahora tanto que no tuvo antes. La respuesta es que está cansada de tener que vivir con conquistadores neuróticos e inmaturos. Pero no está tan acosada y apremiada por esta idea del Tiempo. Aunque quizá en secreto, todavía tiene sus propias ideas respecto al Tiempo.

En virtud de lo que los hombres de la Fortaleza llamarían instantáneamente «una coincidencia», término que entienden mucho mejor que yo, cuando dejé de escribir hace unos momentos y me acerqué ociosamente a un montón de libros, cogí uno y empecé a hojearlo, no buscando conscientemente algo, sino concediéndome un descanso en mi trabajo. El libro era *Irrational Man* [*El hombre irracional*], de William Barret, y, cuando quise darme cuenta, estaba leyendo su análisis de la poderosa obra de William Faulkner, *El sonido y la furia*. Leí esto:

En el curso del brutal y azaroso fluir de pormenores que es aquel último día de su vida, Quentin Compson rompe el cristal de su reloj. Arranca las dos manecillas,



y después, a lo largo de todo el día, el reloj sigue haciendo oír su *tic-tac*, pero, con su esfera mutilada, no puede indicar la hora. Faulkner no podía haber hallado mejor imagen para transmitir la sensación del tiempo, que penetra todo el libro. La normal y previsible secuencia de tiempo—un momento tras otro—se ha quebrado, ha desaparecido. Pero, a medida que el reloj prosigue su marcha implacable, el tiempo se hace más urgente y real para Quentin Compson. No puede escapar del tiempo, está en él, es el tiempo de su sino y su decisión. Y el reloj no tiene manecillas que le tranquilicen respecto a esa progresión normal y calculable de minutos y horas en que transcurre nuestra ordinaria vida cotidiana. El tiempo ya no es para él una secuencia calculable, sino una presencia inagotable e ineludible... La abolición del tiempo marcado por el reloj no significa la retirada al mundo de lo intemporal, sino todo lo contrario. El mundo intemporal, el eterno, ha desaparecido del horizonte del escritor moderno, igual que ha desaparecido del horizonte de los existencialistas modernos, como Sartre y Heidegger...

Antes de que terminara de copiar esta cita de *Irrational Man*, de William Barret, habían llegado algunas cartas. Eran las últimas gotas de lo que unas semanas antes fuera un torrente de correspondencia. Había aparecido yo en el programa *Monitor* de televisión, de la B.B.C., programa dominical nocturno que se ocupaba principalmente de arte, para contestar a diversas preguntas sobre este libro que estaba escribiendo: *El hombre y el Tiempo*. Al final de nuestra charla, mi interrogador, Huw Wheldon, apeló a los telespectadores para que me enviase información de experiencias que hubiesen tenido y que pareciesen oponerse a la

idea convencional y de «sentido común» sobre el Tiempo. La respuesta fue tan inmediata y generosa, que mi secretario y yo estuvimos días y días abriendo cartas, echándoles una apresurada ojeada, como primer paso, para clasificarlas en seis categorías que yo había ideado. Más adelante tendré que volver a ocuparme de estas cartas.) Esta carta, que llegó antes de que hubiera terminado de escribir el último párrafo, empieza así:

Ojalá pudiera convenir con usted en que el clima general de opinión está inclinándose ahora con simpatía hacia un estudio serio del Tiempo. Cuando su fascinante conversación con Huw Wheldon fue recientemente televisada, estaba yo en casa de unos parientes en Gales, y siempre que se anunciaba el programa la estancia se vaciaba rápidamente, como si todo el mundo tuviese una razón inmediata para irse a la cama. Uno de mis compañeros (ingeniero y tecnólogo) se volvió para aconsejarme casi nerviosamente: «Por amor del cielo, no te sientes a escuchar eso. Vuelve morbosa a la gente...» Escuché lo que tenía usted que decir con extraordinario interés, y después me pregunté por qué razón personas inteligentes y normales ponen los pies en polvorosa ante la sugerencia de que el Tiempo sea sometido a consideración y quizá a investigación. ¿Es porque la mayoría de nosotros tenemos ya conciencia de extrañas aberraciones en nuestra propia experiencia, y todavía reaccionamos ante el misterio con temor primitivo? Habiendo conseguido transformar este planeta en una animada mezcla de horror y comicidad, y dirigiendo ahora miradas codiciosas hacia otros mundos por conquistar, ¿no tendremos el sentido de comprender que algunos de los elementos fundamentales más íntimos y significativos de nuestra propia naturaleza humana, son aún completamente